

De un MUNDO a OTRO: Morán-París-Morán

Carmen Arbués Miró (Morán, 1964)

Ha trabajado en producciones internacionales de limusina privada y suite en el Palace, se ha codeado con los más grandes del cine y diseñado todo el maquillaje de un faraónico espectáculo en Las Vegas. Afamada en París, ha optado junto a su pareja, François Poirier, por volver a vivir y hacer empresa cultural desde el pequeño pueblo de la Hoya en que vio la luz: Morán.



¿DÓNDE NACIÓ?

Yo nací aquí, en esta misma casa, en Casa Esteban de Morán. Con mi hermana, mi madre fue a dar a luz a Santolaria, pero conmigo el médico no llegó a tiempo y la mujer más vieja del pueblo fue la que atendió el parto. En estos lugares casi todos los de mi generación nacieron en casa, pero yo fui la última que vino al mundo en Morán.

¿CUÁNTA GENTE VIVÍA ENTONCES EN MORÁN?

Muy poca ya. La despoblación avanzaba a marchas forzadas. Aquí nos quedamos una que era muy mayor y tenía a todos sus hijos trabajando fuera, otra que su hijo era pastor y dos solterones. Las únicas niñas éramos mi hermana y yo.

¿ADÓNDE IBAN A LA ESCUELA?

Aunque pertenecemos al municipio de Murillo, siempre hemos hecho vida con los de Santolaria. De hecho Morán no tiene iglesia y siempre se iba a misa a Santolaria y lo mismo con la escuela. Cada día nos íbamos andando por el camino viejo y en el barranco había tres grandes piedras por las que cruzábamos. Cuando había mucha riada, tenías que descalzarte. Entonces ya sólo había una

maestra para todos los alumnos y, en invierno, cada uno tenía que llevar un tizón. Para evitar tener que ir cada día desde Morán con la leña a cuestras, mi padre acordó con la profesora llevar cada cierto tiempo una carga.

Me quedaba allí todo el día. Comía en casa de mi tía, compraba allí el pan y me encargaba de traer el correo para las familias de Morán. Me sabía todos los caminos y alcorces y había días que me quedaba hasta bien entrada la noche y volvía a casa a la luz de la luna.

PARECE QUE HABLE DE OTRO TIEMPO.

Yo nací en 1964, pero si Santolaria tenía un retraso de años con respecto a Ayerbe, lo de Morán era mucho peor. El agua era una obsesión y había que bajar a buscarla diariamente a la fuente, hasta que mis padres montaron un gran depósito en la casa que lo llenaban con motobomba. Pero me acuerdo de estar con los chicos que venían de vacaciones y marchar a cazar ranas al río y tener que ir con un pozal para no hacer el viaje en balde. Luego los vecinos hicieron el esfuerzo de pagarse el agua corriente. Pero eso aún tardó mucho.

¿ACABÓ LA ESCUELA EN SANTOLARIA?

Hubo un momento en que cerraron la escuela de Santolaria y, aunque nos tocaba irnos internas a Sos, mis padres se empeñaron en llevarnos a Ayerbe. Ya con anterioridad mis padres se habían preocupado, con mucho esfuerzo, de darnos cultura bajando un día por semana a Ayerbe para aprender jota y tocar guitarra. Pero todo estaba muy lejos. Como a mi padre no le gustaba conducir, mi madre era la que nos llevaba con un Land Rover por aquellas pistas.

Y DE MORÁN A PARÍS.

Un cambio radical, aunque fue todavía más brusco el traslado a Huesca. No me fue bien en los estudios e hice peluquería en Artemiss. Me saqué maestría industrial y comencé a ejercer de profesora de peluquería. Artemiss apostó fuerte, tenía escuelas en distintas ciudades, acu-



díamos a congresos internacionales,... A los veinticuatro ya no podía avanzar más, incluso había salido en publicaciones especializadas. Y en ese momento, mi jefe, que era muy creativo y emprendedor falleció en un accidente en el que viajábamos con él su mujer y yo.

¿ÉSE FUE EL MOMENTO DE DEJAR HUESCA?

Sí, pero es que se dieron un cúmulo de circunstancias. Yo ya estaba pensando en irme fuera, mi jefe fallecía y además yo padecía una enfermedad crónica que me dejaba sin habla probablemente a causa de una alergia por los productos de peluquería. ¿Cómo ser profesora sin poder hablar? Había ocasiones en que me mandaban quince días a Morán de baja teniéndome que comunicar con papelitos.

¿POR QUÉ PARÍS?

Allí estaba una de las mejores escuelas de maquillaje para cine y teatro. Y aunque había tenido un buen sueldo, con lo ahorrado no me daba para pagar la estancia en Francia, así que tuve que pedir ayuda. El obispo Javier Osés me procuró el contacto de una monja, hija única de un rico matrimonio parisino, que estaba cerca de Barbastro. Ella me puso en contacto con sus padres. Vivían en la mejor zona de la ciudad y estaban atendidos por un completo personal de servicio, pero me dijeron que una anciana amiga suya me alojaría a cambio de hacerle compañía. Esta señora me enseñó la etiqueta y el protocolo a la vez que a hablar el francés elegante de la alta sociedad.

¿FUE PROBLEMÁTICO EL ASUNTO DEL IDIOMA?

Antes de marchar me ayudó mucho Ismael Fernández.

Había sido mi maestro en Ayerbe. Había llegado allí como un tipo raro, greñudo y fumando en pipa, pero él nos enseñó un poquito de francés y, sobre todo, a pensar. Yo hacía pintura con él, cuando las demás cosían. Ismael es una persona que me cambió la vida y lo que hoy soy se lo debo a mis padres y también a él. Pues con Ismael, ya en Huesca, quedaba en el Londoner para practicar francés y traducirme algunos documentos.

¿QUÉ TAL EN LA ESCUELA?

Había muchos estudiantes que sólo iban para vivir París. Eran gente bien, pero yo me esforcé mucho. Mis compañeras me tomaban los apuntes en francés, la señora con la que vivía me ayudaba a traducirlos,... y acabé siendo la primera de mi promoción. Durante ese tiempo no había stage que no hiciera y obra de teatro en la que no colaborara. Eso me dio muchos contactos y, nada más acabar, tuve la suerte de trabajar como asistente de la jefa de maquillaje de una película de Jean Pierre Mocky, el último dinosaurio del gran cine francés.

¿CÓMO SE ADENTRA EN EL MAQUILLAJE IMPERMEABLE?

Conocí a Muriel Hermine en 1991 con motivo de su primer espectáculo acuático 'Sirella'. Con esta reputada artista de la natación sincronizada viajé a Japón y me adentré en el mundo del maquillaje waterproof. Luego realizo reportajes fotográficos para revistas como Elle, Vogue,... hasta llegar a diseñar y dirigir todo el body-painting del gran espectáculo acuático que Franco Dragone crea en Las Vegas. Es 'La Rêve' donde participan cien actores y donde firmo un contrato millonario. El espectáculo dura



doce años y cuando se acabe tirarán abajo hasta el hotel. Allí son así.

Y SIN EMBARGO ACABA VOLVIENDO A MORÁN.

Ese es, hoy en día, mi gran proyecto. Quiero vivir aquí con mi marido y mis dos hijos y lanzar desde aquí nuestra empresa Artefacto. Con ella se ha realizado todo el faraónico show de Las Vegas, pero también el libro 'De un mundo a otro' que hemos hecho a medias con mi pareja, François Poirier. En este mundillo en que nos movemos no hay distancias. Si es preciso irse a París se va, pero aquí tenemos un buen sitio para crear y aquí quiero ver crecer a los niños. Sólo falta que se den las infraestructuras necesarias para poder trabajar en condiciones dignas: internet, teléfono, un estudio fotográfico,...

SU ÚLTIMO LIBRO HA SIDO UNA GRAN APUESTA.

Hemos dejado en él buena parte de nuestros ahorros y también muchas más cosas. Hemos trabajado conjuntamente con François: yo el maquillaje y él la fotografía. Ninguno mandaba más que el otro, eran obras hechas entre ambos sobre las que pasábamos noches enteras hablando y que luego realizar cada una de ellas podía costarnos meses. Son todo embarazadas, porque el libro versa de la maternidad. Recientemente hemos hecho un par de exposiciones en Barbastro y Ayerbe con el apoyo de la Diputación de Huesca.

LA MATERNIDAD ESTABA MUY PRESENTE.

La maternidad me ha marcado mucho, porque la hemos deseado durante tanto tiempo con François... pero los hijos han venido cuando han querido. Las cosas nunca son por azar. Nosotros queríamos tener hijos, pero nunca llegaban. Y nos pusimos a hacer este libro, a veces incluso con sufrimiento, porque era hurgar en una herida abierta: la maternidad. Entonces sale el contrato de Las Vegas. En ese momento nos propusimos adoptar, pero para agilizar los trámites lo mejor era casarse, así que



contraímos matrimonio en cinco minutos en una de esas bodas rápidas de Las Vegas. Al estilo de una película de Holliwood. Mi vida es surrealista como la de muchos otros aragoneses, Buñuel o Labordeta.

Curiosamente justo cuando acabamos el libro y después de casarnos, me quedé embarazada. Yo como las de antes—entre risas—, no me quedé en cinta hasta que no estuve casada.

TU MARIDO ES DIRECTOR DE FOTOGRAFÍA. IMAGINO QUE OS CONOCISTEIS EN ALGÚN RODAJE.

Coincidimos en una película que tuvo muchos problemas de producción y nos obligó a realizar asambleas los trabajadores, eso nos puso en contacto. Fuimos entablando relación y acabamos juntos, aunque profesionalmente cada uno sigue su camino. Yo puedo ser más 'people', pero a él le va el documental comprometido.

FRANÇOIS SÓLO PODÍA SER ARTISTA.

Le viene de familia. Es descendiente de retratistas de Napoleón y su madre era profesora de dibujo y cerámica en una escuela del centro de Francia. En un pueblo de mil habitantes, había un colegio internacional protestante subvencionado por capital judío. Durante la guerra mundial, las gentes del pueblo habían ayudado a muchos judíos a sobrevivir y, una vez acabó el conflicto, las fortunas hebreas apoyaron al colegio. Allí François con sólo diez años daba clases de cerámica a chicos mayores. Su vida era el mundo del arte: museos, libros, pintores,...

PERO SE DECIDE POR LA FOTOGRAFÍA.

Y eso que su madre no apreciaba la fotografía como un arte. Tuvo su primera cámara con diez años y, después de pasar por un internado en Londres, fue a la escuela de cine en París para ser técnico de dirección de fotografía. Pasó por todo el escalafón, empezando por colocar las luces hasta llegar a director de fotografía. Y ahora igual se empeña en proyectos en Cuba o Nicaragua, como realiza las magníficas fotos de nuestro libro 'De un mundo a otro'. ■